

¿La ortografía no tiene quien la escriba?

por Pablo Ingberg

Don Gabriel García Márquez arrojó un petardo por la ventana de la Academia y se sentó a escuchar la detonación. Ríos de tinta y palabras sonaron de inmediato. Un Premio Nobel de Literatura había propuesto (¿es ésa la palabra?), en el Primer Congreso Internacional de la Lengua Española, que jubiléramos la ortografía, lo cual, según las informaciones, consistiría en eliminar la tilde y la grafía *h* y optar por *b* o *v* para todos los casos en que ocurriese cualquiera de ambas letras.

¿Bontade, chiste o propuesta? Cuesta creer que García Márquez haya hablado en serio, y mucho más que, en ese caso, haya sopesado seriamente los verdaderos alcances de lo que decía. Claro es que no hay ninguna originalidad en su “propuesta”: además de uno que otro debate al respecto, más o menos famoso y de cierto nivel intelectual, innumerables estudiantes que no ven más allá de su propia dificultad inmediata han tenido y expresado antes pensamientos en sentido similar, sin mayores pretensiones y sin causar tanto revuelo, simplemente como queja resignada, que no espera otro resultado que el propio alivio al pronunciarla.

Aclaremos en primer lugar que hay un error básico en la formulación de García Márquez, al menos tal como ha trascendido en los medios de información: si *ortografía*, según indica su etimología griega, significa *escritura correcta*, lo que él “propone” no es jubilar la ortografía hoy vigente sino cambiarla por otra. Porque, de ser aceptada la nueva forma, quien a partir de allí escribiera, por ejemplo, *haber*, cometería un “arcaísmo” fuera de la norma, y por lo tanto una incorrección. La “nueva ortografía”, en suma, sería más sencilla y eliminaría gran cantidad de dudas ante opciones binarias, pero no suprimiría por completo las posibilidades de equivocación. No habrá de faltar quien escriba, como según me contaron sucedió en la Facultad de Psicología hace unos pocos años, “Palace Atenea” por Palas Atenea.

Aclarado este detalle, digamos que la “propuesta”, tal como ha trascendido, es tibia: ¿por qué no optar también, entonces, por *j* o *g* antes de *e* o *i*? ¿por qué continuar con la *c* antes de *e* o *i* cuando la *ç* podría cumplir la misma función delante de todas las vocales?, ¿por qué mantener para un mismo sonido la triple grafía *c* (antes de *a*, *o* y *u*), *k* y *q* (seguida de su *u* sin sonido, tan parásita como la *h*)? Y esto para conservar la cautela de no introducir diferencias regionales. Porque, llegado el caso, *y* y *ll* no se distinguen entre sí en su pronunciación excepto en unas pocas regiones de habla castellana, y la diferencia de pronunciación entre *s* y *ç* sólo perdura en la mayor parte de España, verdaderas minorías frente al mundo hispanohablante en su conjunto. ¿Debemos aceptar que esas minorías impongan su propia particularidad a todos?

Los argumentos para rebatir la “propuesta” son innumerables, más aún teniendo en cuenta que, frente a la ortografía inglesa o la francesa, por tomar dos casos a mano, la castellana resulta sencillísima. Veamos un solo ejemplo. La *h* de *hacer* no es parásita sino etimológica: nos recuerda el latín *facere* y nos permite ver la relación con el francés *faire*. Y su hermana, la *h* de *haber*, nos recuerda el latín *habere* y nos permite establecer la relación con el inglés *to have*. Son como esas marcas y rasgos del cuerpo que nos hacen ver qué hemos hecho en nuestras vidas, de dónde venimos, a quiénes estamos ligados.

No es una argumentación filológica, sin embargo, el motivo de estas líneas que vienen a ocuparse de lo que más bien nos llama a silencio, el mismo silencio en que yacerá cuando de aquí a un par de meses ya nadie se acuerde del asunto. El motivo principal es, en cambio, llamar la

atención sobre algunas consecuencias de orden práctico que traería aparejadas la adopción de una nueva ortografía como la sugerida por García Márquez, y que él mismo parece no haber sopesado antes de arrojar su petardo: durante el período de transición de una ortografía a otra, que sería bastante más largo y penoso que un toque de varita mágica, el mundo de habla castellana quedaría generacionalmente dividido en dos conjuntos de analfabetos, los analfabetos de lo nuevo y los analfabetos de lo anterior.

Quienes nos hayamos formado en la ortografía “antigua”, padeceremos del doble trabajo de desaprender lo aprendido. Seguramente no podremos evitar un profundo desagrado, que nos limitará el placer, al leer los nuevos libros (entre ellos los de un tal Garsia Markes), y preferiremos recurrir a nuestra vieja biblioteca. Seremos, en suma, analfabetos de lo nuevo.

Quienes se formen en la “nueva ortografía”, tendrán posiblemente un trabajo un poco más sencillo en su aprendizaje, pero se convertirán en analfabetos de lo “viejo”. No podrán leer sin grandes dificultades los libros heredados de padres o abuelos (entre ellos algún García Márquez) ni el fondo editorial de las bibliotecas hoy existentes. A menos que se tomen el doble trabajo de aprender también la ortografía “antigua”, de modo que las probables ventajas del cambio quedarían eliminadas de raíz. Lo que venía a simplificar las cosas, en suma, terminaría complicándolas mucho más.

Habría, eso sí, una ventaja económica: como todos los libros del pasado que merecieran sobrevivir (¿y quién se arrogará el lugar de dedidir cuáles?) deberían ser reeditados con la nueva ortografía, la demanda adicional de mano de obra por parte de editoriales, imprentas y afines ayudaría a palear, al menos por un tiempo, el grave problema mundial del desempleo. En ese caso, la propuesta no debería presentarse en un congreso de la lengua sino en un foro económico internacional, para no impedir, de paso, que otros ámbitos lingüísticos pudieran beneficiarse con medidas similares. Y claro, de resultar exitosas tales medidas, habrá que postular a Garsia Markes para el Premio Nobel de Economía.